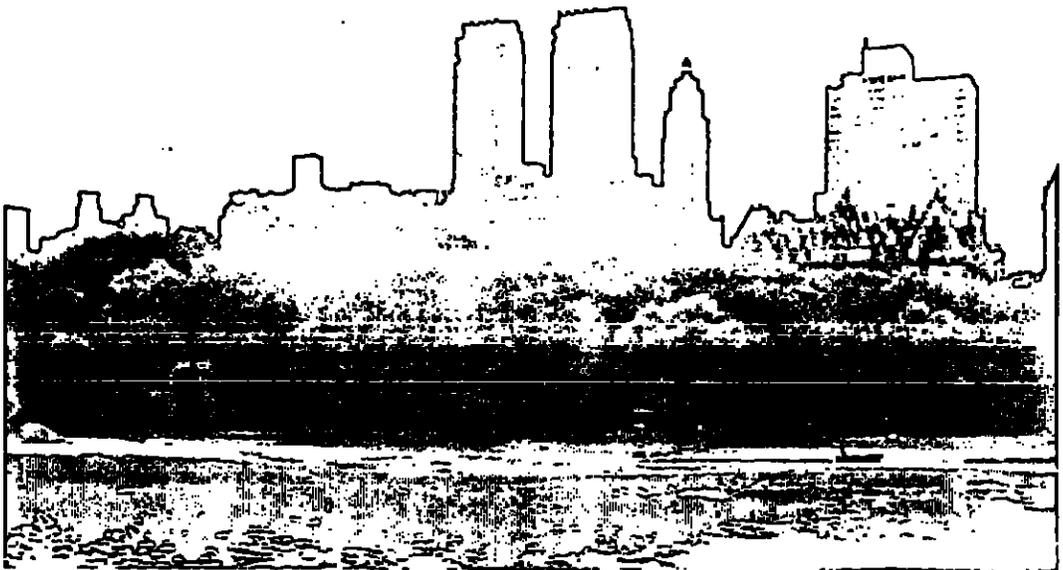


LEWIS MUMFORD
EL OLVIDADO ECOLOGISTA NORTEAMERICANO:
UN INTENTO DE RECUPERACION¹

Ramachandra Guha



Cuando apareció el movimiento ecologista occidental a principios de los setenta, una joven periodista inglesa escribió un libro sobre aquellos científicos cuyo trabajo tenía una relación directa con el problema ecológico. Su lista estuvo dominada, obvia-

mente, por universitarios con credenciales académicas impecables, entre ellos René Dubos, Raymond Dasmann, Estella Leopold y Kenneth Boulding. Sin embargo para empezar su celebración de pioneros en la ecología escogió a un hombre sin ninguna

¹ Mi agradecimiento a Mike Bell, Bill Burch y James O'Connor por animarme a escribir este ensayo. Me he servido en mi investigación de la indispensable bibliografía de E. Newman de los escritos de Lewis Mumford, publicada por Harcourt, Brace y Jovanovich en 1970. Este ensayo está dedicado a la memoria del escritor Richard J. Margolis. (Nota del Editor: En

esta traducción, de *Capitalism, Nature, Socialism*, n. 8, 1991, hemos conservado las referencias a las ediciones norteamericanas de obras de Mumford y otros autores dadas por Ramachandra Guha, pero de varias de estas obras existen también traducciones al español).

formación específica en ecología —y de hecho sin ninguna formación específica intelectual (su única universidad, como dice él mismo en su autobiografía, fue la ciudad de Mannahatta). Pero para Anne Chisholm, este hombre tuvo una enorme influencia en el contemporáneo pensamiento ambientalista: «de todos aquellos sabios que pensaron y escribieron durante años preparando el camino de la revolución ambiental, Lewis Mumford, el escritor y filósofo americano, fue el más importante»².

La afirmación de Anne Chisholm hubiera encontrado fuerte apoyo en la comunidad científica, pues se escogió a Lewis Mumford para resumir las deliberaciones de dos de los primeros simposios científicos sobre el cambio ecológico³. Sin embargo en las dos décadas desde de que Chisholm escribiese su libro, la reputación de Lewis Mumford como pensador ecológico sufrió un eclipse extraordinario. Mientras tanto, el movimiento ambientalista creció enormemente, y al igual que cualquier movimiento social maduro y con confianza propia, empezó a construir su propia genealogía y su panteón de héroes. La prehistoria del ecologismo ha sido documentada sobre todo en el propio país de Mumford, los Estados Unidos: sin embargo en ningún otro lugar se han ignorado tanto los escritos de Mumford. Esta es, en cualquier caso, la conclusión que sigue a la lectura de las más reconocidas historias de el ambientalismo americano, por ejemplo, las de Roderick Nash, Stephen Fox y Samuel Hays⁴.

Los patronos del ambientalismo americano habitualmente reconocidos como tales son el naturalista y amante de la naturaleza, John Muir, y el biólogo y científico forestal Aldo Leopold. ¿Por qué los ambientalistas americanos han puesto a

Muir y Leopold entre sus iconos culturales y no han puesto a Mumford? Es una pregunta fascinante, a la que volveremos al final de este artículo. De momento, sólo puedo decir que simpatizo con el pensamiento ecológico de Mumford tanto como Chisholm, quien también era extranjera. Este ensayo es pues, principalmente, un intento de rehabilitación: este análisis de las ideas ecológicas de Mumford se destina especialmente a los ambientalistas norteamericanos, que no han reconocido a una de sus voces más auténticas.

LA HISTORIA ECOLOGICA DE MUMFORD

La propia apreciación de Mumford de la naturaleza viene, en primera instancia, de sus vacaciones juveniles pasadas en Vermont. Hacia el final de su vida, recordaba aquellos tempranos encuentros en el bosque con mofetas, marmotas, venados y truchas del río como algo que le hizo sentir «en profundidad mis raíces americanas nativas»⁵. Aquí la experiencia de Mumford está perfectamente en concordancia con la larga línea de americanos ambientalistas —desde Henry Thoreau hasta Edward Abbey— cuyo amor por la naturaleza surge directamente de su experiencia de la diversidad y belleza de la vida silvestre norteamericana.

Pero si los horizontes ecológicos de Mumford hubiesen quedado confinados al campo silvestre, no merecería más que una nota a pie de página en cualquier historia del las ideas ambientales. Lo que coloca a Mumford en un lugar especial en el panteón de los héroes ambientales americanos —y por lo que yo estoy escribiendo sobre él

² Anne Chisholm, *Philosophers of the Earth: Conversations with Ecologists*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1972. La invocación de Mumford a la ciudad como su universidad está en su libro *Sketches From a Life: The Autobiography of Lewis Mumford: The Early Years*, New York, The Dial Press, 1982, esp. capítulo XI.

³ Ver W.L. Thomas, ed. *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, Chicago, University of Chicago Press, 1956; F. Fraser Darling y John P. Milton, eds, *Future Environments of North America*, Garden City,

New York: Natural History Press, 1966.

⁴ Ver Roderick Nash, *Wilderness and the American Mind* (3a edición), New Haven: Yale University Press, 1982; Stephen Fox, *The American Conservation Movement: John Muir and his Legacy* (2a edición), Madison: University of Wisconsin Press, 1985; Samuel P. Hays, *Beauty, Health and Permanence: Environmental Politics in the United States, 1955-85*, New York: Cambridge University Press, 1987.

⁵ Lewis Mumford (LM), op. cit., p. 90.

en primer lugar— es su comprensión fundamentalmente ecológica de las mareas de la historia humana. A diferencia de Muir, Leopold y una docena de otros iconos culturales, Mumford rehusó separar las actitudes individuales hacia la naturaleza, de su contexto social, cultural e histórico. En este ensayo sostengo que la amplitud y riqueza del pensamiento de Mumford le colocan como uno de los pioneros del ecologismo social americano y de la historia ecológica. Para entender el enfoque ecológico de Mumford debemos fijarnos en el único hombre que Mumford reconoce como su maestro — el escocés inconformista, Patrick Geddes, quien, al igual que Mumford, fue un sabio universal en las ciencias humanas y biológicas, pero, a diferencia de su discípulo, Geddes fue un escritor irritablemente oscuro. Durante mucho tiempo fue profesor de Botánica y planificador activo de ciudades en Escocia, e inspiraba a los estudiantes a través de las palabras y del ejemplo. Para los que tengan paciencia, en sus estudios se pueden encontrar verdaderos tesoros.

El papel central de la naturaleza en la teoría del planeamiento urbano de Geddes es evidente en el único tratado general que escribió, al igual que en docenas de planos de ciudades que escribió por contrato en la India entre 1915 y 1919, todos los cuales revelan una comprensión sutil del proceso ecológico en la formación, funcionamiento, auge y declive de las ciudades⁶. Pero aparte de su trabajo innovador en la teoría y la práctica del planeamiento de la ciudad, Geddes hizo una contribución más general al pensamiento ecológico. Una persona como A. G. Tansley —uno de los primeros

ecólogos de este siglo— notó la influencia de Geddes sobre los primeros estudios ecológicos de las Highlands escocesas, mientras que el ecólogo americano Paul Sears reconocía su influencia sobre el geógrafo Dudley Stamp, el ecólogo C.C. Adams, y el propio Lewis Mumford⁷. En un ensayo sobre Geddes publicado en 1950, Mumford escribió que «por sus conocimientos científicos y por el carácter general de su pensamiento, Geddes era ya un ecólogo antes que esa rama de la biología obtuviera el status de una disciplina especial... Y no fue tanto como innovador en el planeamiento urbano, sino como ecologista, paciente investigador de las filiaciones históricas y de las dinámicas relaciones biológicas y sociales, que Geddes hizo su más importante trabajo sobre las ciudades»⁸. En un nivel más filosófico, Geddes fue un temprano exponente de la «revolución general de la ciencia ahora en rápido proceso, el cambio desde una visión mecanocéntrica de la naturaleza y de sus procesos a otra visión cada vez más biocéntrica»⁹.

«Biocéntrico» es, por supuesto, un término muy favorecido por los ambientalistas radicales actualmente. Mientras los autodenominados «ecologistas profundos» usan la palabra «biocentrismo» como norma para juzgar los escasos sentimientos morales que atribuyen a los que llaman «ecologistas superficiales», Geddes (y después Mumford) utilizaron un enfoque biocéntrico para fines más constructivos —por ejemplo la paciente investigación y comprensión de «las filiaciones históricas y las relaciones dinámicas biológicas y sociales—». Mumford tomó de Geddes el enfoque fundamentalmente ecológico y un repertorio

⁶ Patrick Geddes, *Cities in Evolution*, primera publicación en 1915; edición revisada, Londres: William and Norgate, 1949, p. 51; Jacqueline Tyrwhitt, ed. *Patrick Geddes in India*, Londres: Lund Humphries, 1947, pp. 57-8, 78-83, etc. El último trabajo es una compilación de extractos de algunos de los informes de Geddes sobre diferentes ciudades indias. Escribió cerca de cincuenta informes, como invitado del gobierno colonial y de varios principados hindúes.

⁷ Ver R.P. McIntosh, *The Background of Ecology: Concept and Theory*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 293-4. Geddes fue también uno de los primeros críticos de la economía convencional

desde la perspectiva de la energética ecológica. Ver Juan Martínez Alier, *Ecological Economics: Energy, Economics, Society*, Oxford: Basil Blackwell, 1987, pp 89-98.

⁸ Ensayo publicado por primera vez en la *Architectural Review* y en forma resumida en LM, *My Works and Days: A Personal Chronicle*, New York, Harcourt, Brace and Jovanovich, 1979. Ver también *Sketches From a Life*, op cit. p. 147 y «Patrick Geddes, Insurgent», *The New Republic*, octubre 1929.

⁹ Patrick Geddes, *Report on Town Planning, Dacca*, Calcutta, Bengal Secretariat Book Depot, 1917.

de neologismos —paleotécnico/neotécnico, conurbación, megalópolis, etc.— a los que dio un uso innovador, especialmente en sus historias clásicas de la tecnología y de la ciudad. Mumford también tomó de Geddes su respeto por los modos de utilizar los recursos y las tecnologías premodernos. Notablemente, fue Geddes el que llamó la atención de su discípulo hacia el trabajo de un conservacionista americano olvidado, George Perkins Marsh. Y como Mumford notó en su temprana apreciación, fue Marsh el primero en tratar a las personas como «agentes geológicos activos», que podían «construir o degradar», pero que, de una manera u otra, eran «agentes perturbadores, que alteraban la armonía de la naturaleza y la estabilidad de los arreglos y adaptaciones existentes, extinguiendo especies animales y vegetales indígenas, introduciendo variedades extranjeras, restringiendo el crecimiento espontáneo, y cubriendo la tierra con 'nuevas y reluctantes formas vegetales y con tribus ajenas de vida animal'»¹⁰.

El mismo Marsh estaba preocupado por la destrucción de la cubierta forestal. Pero la deforestación no era sino un ejemplo de las muchas maneras en que los americanos, en «el simple acto de coger todas las partes habitables de la tierra» habían «utilizado sistemáticamente mal nuestras posesiones»¹¹. Las implicaciones ecológicas del primer desarrollo económico americano fueron señaladas por Mumford en una notable serie de ensayos sobre el regionalismo o injustamente olvidado, publicada en *The Sociological Review*, una revista editada por el colaborador de Patrick Geddes, Victor Branford. Los ensayos de *The Sociolo-*

gical Review constituyen el primer intento sistemático de Mumford de aplicar el marco ecológico geddesiano a fenómenos históricos¹². Este enfoque al análisis social, que el sociólogo de la India, Radhakamal Mukerjee desarrolló al mismo tiempo¹³, partía del trió de conceptos de Geddes, Pueblo/Trabajo/Lugar (que él mismo extrajo del sociólogo francés Frédéric Le Play).

En sus ensayos en *The Sociological Review*, Mumford utiliza el marco regional para analizar los crímenes ecológicos de los pioneros de la civilización norteamericana (compendio de «irregionalismo»), y para subrayar las ventajas de una cultura y una economía ecológicamente más sostenibles (que llamó «regionalismo») ¹⁴. El rechazo a basar la industria y las instituciones en las dotaciones ecológicas regionales llevó, por un lado, a una enorme devastación ecológica, y por otro, a una relación parasitaria entre la ciudad y su entorno. «En América durante el último siglo», escribió Mumford, «hemos agotado los suelos, talado los bosques, hemos colocado las industrias en los lugares equivocados, hemos gastado sumas enormes en transportes innecesarios, aglomerado la población y reducido la vitalidad física de la comunidad sin preocuparnos inmediatamente de las consecuencias de nuestros actos». Durante este periodo, «nos ha convenido ignorar la realidad básica de nuestra tierra: sus contornos y paisajes, sus áreas de vegetación, sus fuentes de energía [y] minerales, su industria, sus tipos de comunidad...». Fue una «civilización minera», en la que se exaltaba la actitud minera hacia la naturaleza de cortar-y-correr, ejemplificada por la devastación de

¹⁰ LM, *The Brown Decades: A Study of the Arts in America*, 1931, reimpreso: Nueva York, Dover Publications, 1955, pp 76-7. Años después, Mumford pensó que había sido invitado a co-presidir la Conferencia de la fundación Wenner-Gren sobre «Man's Role in Changing the Face of the Earth» a causa de su memoria de George Perkins Marsh en *The Brown Decades*, y como Geddes le había introducido a Marsh, la invitación se debía en última instancia su maestro (ver *Sketches From a Life*, op. cit. p. 408). Las actas del simposio de Wenner-Gren, editadas por W.L. Thomas (citado en la nota 3), estaban dedicada a Marsh.

¹¹ LM, «Regionalism and Irregionalism», *The Sociological Review*, 19, 4, 1927, p. 277.

¹² Ibid.; LM, «The Theory and Practice of Regionalism», *The Sociological Review*, 20, 1 y 2, 1928.

¹³ Ver Radhakamal Mukerjee, *Regional Sociology*, New York: Century Co., 1926. Mukerjee también estuvo poderosamente influenciado por Patrick Geddes, con el que estuvo muy en contacto durante su última estancia en Calcuta, c. 1915-16.

¹⁴ Los siguientes párrafos están basados en el ensayo citado en la nota 12.

los bosques y el agotamiento de los suelos. Las ciudades de estas civilizaciones tampoco tuvieron en cuenta las realidades ecológicas: de proporciones infladas, se convirtieron en 'criminales de primera en el mal uso de los recursos regionales'». Mumford también notó la proliferación de *slums* en el interior de las ciudades.

Mumford caracterizó los procesos que (siguiendo a Geddes) llamó de la edad paleotécnica como «doblemente ruinosos: primero empobrecieron la tierra para el provecho de unas pocas generaciones, sustrayendo los recursos comunes que, una vez gastados y disipados, no se pueden recuperar nunca; y segundo, con sus técnicas y sus hábitos estos procesos del periodo paleotécnico son igualmente perjudiciales para la tierra considerada como un hábitat humano, ya que destruyen la belleza del paisaje, arruinan las corrientes de agua, contaminan el agua potable y llenan el aire con un depósito carbonífero finamente dividido, que asfixia tanto a la vida humana como a la vegetación»¹⁵.

Sin embargo, advirtió Mumford, el día de los pioneros había pasado; el desarrollo económico americano no podía olvidar por más tiempo las realidades regionales. Si no pensamos separadamente en productos y recursos, sino en la región como un todo, vemos claramente «que en cada área geográfica es posible cierto balance de recursos naturales e instituciones humanas, para el mejor desarrollo de la tierra y de la gente». En América, el movimiento «regionalista» (especialmente la Regional Planning Association que Mumford ayudó a iniciar) puso

el acento en la conservación de los recursos naturales, pero en un marco más amplio, pues el regionalismo «no debe solamente, a través de la conservación, evitar el despilfarrar: también debe dar los fundamentos económicos para una vida continua y próspera.» En particular, el regionalismo intentaría armonizar la vida urbana con el campo, haciendo de la ciudad una parte integral de la región. Aquí, Mumford llama la atención sobre el movimiento de Ciudades-Jardín de Ebenezer Howard (quien también estuvo muy influido por Geddes) —la creación de ciudades, de tamaño limitado, rodeadas de tierra agrícola, con un fácil acceso a las áreas naturales, y con otras formas de unidad orgánica con su entorno—¹⁶.

Estos tempranos y penetrantes ensayos ilustran el profundo interés de Mumford por la infraestructura ecológica de la vida humana —poco después escribió que las tres amenazas principales a la civilización eran la continua destrucción de la cubierta forestal y la erosión del suelo, el agotamiento de recursos minerales irremplazables, y el potencial destructivo de las armas modernas¹⁷. La serie de artículos de *The Sociological Review* fue un anticipo de sus obras maestras, la historia de las tecnologías, *Technics and Civilization* (1934), y la historia de la ciudad, *The Culture of Cities* (1938). Estos son los libros de Mumford más conocidos, escritos en su mejor momento, y deben ser leídos esencialmente como historias ecológicas del auge de la moderna civilización occidental.

Ambos libros interpretan el desarrollo de

¹⁵ Mumford raramente perdió la oportunidad de reñir a los colonizadores pioneros por sus crímenes contra la naturaleza. En 1962, todavía se quejaba que «incluso cuando el pionero no violó a la naturaleza, se divorció de ella un poco demasiado fácilmente: olvida la gran lección que enseñan tanto la ecología como la medicina —que la gran misión de las personas no es conquistar la naturaleza por la fuerza, sino cooperar con ella inteligentemente y amorosamente para los propios propósitos—» (LM, «California and the Human Prospect», *Sierra Club Bulletin*, 47, 9, 1962, pp.45-6).

¹⁶ El desarrollo económico norteamericano ha continuado ignorando las realidades regionales. Pero el desastre ecológico ha sido frenado en Estados Unidos a base de explotar los recursos naturales en todo el planeta. En tiempos de la publicación de la serie de

Mumford en la *Sociological Review*, América todavía podía subsistir de sus propios recursos. Pero especialmente desde la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo de la sociedad de consumo ha descansado en una relación fundamentalmente de explotación con el resto del mundo. Los consumidores en los altos centros de civilización industrial dan por sabidas la oferta de armiño del Artico, de madera de teca de la India y de marfil de África, sin sentirse responsables por las implicaciones ambientales de su estilo de vida.

¹⁷ LM, «Science on the Loose», crítica de Robert Millikan, *Science and the New Civilization*, *The New Republic*, 6 agosto 1930. Ver también la sección titulada «Pre-1970 Ecology», en *My Works and Days*, op cit, pp. 29-32.

la civilización industrial en tres fases sucesivas, pero superpuestas e interpenetrables, a las que Mumford llama «eotécnica», «paleotécnica» y «neotécnica» respectivamente. Los dos últimos términos los habíamos visto en Geddes, pero añade el primero para designar el nivel preparatorio en el que, dice, la mayoría de innovaciones técnicas y sociales del mundo moderno han sido anticipadas¹⁸.

La mayoría, sino todos los comentarios sobre las historias de Mumford, olvidan sus bases ecológicas. Pero, de hecho, su interpretación ecológica de la sociedad se sustenta en su modelo de tres etapas. Así, «cada una de las tres fases de la civilización de la máquina ha dejado sus depósitos en la sociedad. Cada una ha cambiado el paisaje, ha alterado la forma física de las ciudades, ha usado ciertos recursos y ha dejado otros, ha favorecido cierto tipo de mercancías y ciertas actividades y ha modificado la herencia técnica común». Desde el punto de vista de los inputs característicos de energía y materiales, «la fase eotécnica es un complejo de agua-y-madera, la fase paleotécnica es un complejo de carbón-y-hierro, y la fase neotécnica es un complejo de electricidad-y-hierro»¹⁹.

En un sentido estrictamente ecológico, la fase eotécnica fue benigna. Los recursos que más se utilizaron —madera, agua y viento— eran todos renovables; creó paisajes exquisitos y no contaminó. La «energía de la fase eotécnica no se transformó en humo o en productos que rápidamente se tiraban: en el siglo XVII se habían transformado los bosques y pantanos del norte de Europa en una vista continua de bosques y campos, pueblos y jardines...». Su impacto ecológico podía ser visto aun más favorablemente comparado con la siguiente fase, la era paleotécnica del «capitalismo carbonífero»²⁰.

Después de 1750, el desarrollo industrial «entró en una nueva fase, con fuentes de energía diferentes, materiales diferentes, objetivos sociales diferentes». La nueva

fente de energía era el carbón; el nuevo material dominante el hierro; los objetivos sociales predominantes, el poder, la ganancia y la eficiencia. La dependencia general del carbón y del hierro significaban que por primera vez en la historia de la humanidad, las sociedades estaban viviendo no de los ingresos corrientes de la naturaleza, sino del capital natural. Al mismo tiempo, los subproductos característicos del capitalismo carbonífero contaminaban el aire, el agua y los hogares; las abominables condiciones de vida empeoraron por la concentración y la congestión traídas por la producción en fábricas y el moderno modo de vida urbano. Las nuevas industrias químicas también introdujeron sustancias peligrosas en el aire y en el agua. Y el servidor del capitalismo industrial, el ferrocarril, «distribuyó hollín y suciedad...». De hecho, el «hedor del carbón era el verdadero incienso del nuevo industrialismo», y la inusual visión de un «cielo claro en un distrito industrial era un signo de un lock-out o una crisis industrial.» Estas variadas formas de degradación ambiental, a veces mortales, eran consecuencia de los valores de la economía monetaria, en la que el ambiente era tratado como una abstracción, y el aire y la luz solar, «a causa de su deplorable falta de valor de cambio, carecían de realidad»²¹.

A pesar de todo esto, Mumford estaba esperanzado en que la fase paleotécnica no era más que «un periodo de transición, una calle llena de gente y de basura entre las economías eotécnica y neotécnica»²². La fase neotécnica que Mumford creyó ver aparecer, podía contar con una fuente de energía nueva y no contaminante —la hidroelectricidad— y utilizar materiales de larga duración, como aleaciones, y compuestos sintéticos químicos. Mumford también tenía esperanza en la década de los 30 en la energía solar. Como el agua era abundante en Africa, Sudamérica y Asia, la llegada de la electricidad podía tender a desplazar a Europa y Norteamérica de su

¹⁸ LM, *Thecnics and Civilization*, New York, Harcourt, Brace and Co., 1934, p. 109.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 268, 110.

²⁰ *Ibid.*, pp. 111, 118, 147, etc.

²¹ *Ibid.*, capítulo IV (citas de las pp. 151, 168-9).

²² *Ibid.*, p. 211.

posición de dominio industrial. Respecto a la contaminación, el «humo de la industria paleotécnica empieza a disiparse: con la electricidad vuelven el cielo limpio y las claras aguas de la fase eotécnica». Mientras tanto, la renovada utilización de los excrementos humanos y el desarrollo de la vegetación fertilizante nitrogenada contrarrestarían la erosión del suelo causada por la civilización minera de la primera fase²³. La fase neotécnica, cuando se implantara completamente, restauraría tres equilibrios vitales: el equilibrio del ambiente, entre los humanos y la naturaleza; el equilibrio entre la industria y la agricultura; y el equilibrio en la población, a través del balance entre la tasa de nacimientos y la tasa de mortalidad²⁴.

La magistral historia de Mumford sobre las ciudades también sigue las tres fases: el uso, abuso y renovación del ambiente. Empezaba con la historia medieval (que corresponde a la fase eotécnica), contra la cual, exclama, los historiadores modernos han desarrollado un infundado y violento prejuicio. En la reconstrucción de Mumford, la ciudad premoderna fácilmente se confunde con su entorno rural, mientras sus amplios espacios abiertos útiles contrastan duramente con la «notoria congestión posmedieval». De nuevo, los residuos materiales de la vida de la ciudad eran casi todos orgánicos, y fácilmente degradables. En esencia, la ciudad medieval era más que adecuada «del lado biológico», con sus vistas, olores y sonidos infinitamente más agradables que su sucesora moderna. De hecho, desde el punto de vista de la arquitectura, «la propia ciudad era una obra de arte omnipresente»²⁵.

La evocación de Mumford de un pasado armonioso y orgánico era, otra vez, una preparación de su condena del modo de vida actual, de la «insensata ciudad industrial» de la era paleotécnica. En el complejo urbano que suplantó a la ciudad medieval, la fábrica y el *slum* (barrio pobre) eran los dos elementos principales. Mientras que las

emisiones contaminantes de una sola fábrica a menudo podían ser absorbidas por el entorno, la masificación característica de las industrias en la era paleotécnica contaminaba «el aire y el agua sin remedio». Mientras, en los congestionados barrios, se alcanzaba un colmo de suciedad que hubiera superado al de la cabaña del siervo más miserable de la Europa medieval. La higiene y la evacuación de desechos también estaban lejos de las normas mínimas. «Caía la noche sobre la ciudad del carbón», escribe Mumford dramáticamente, «el color predominante era el negro. Negras columnas de humo salían de las chimeneas de las fábricas, y desde las estaciones de los trenes, que a menudo penetraban bien adentro de las ciudades, se echaba hollín y cenizas por todas partes». Para el historiador de la ciudad paleotécnica, «nunca antes en el registro de la historia, habían vivido tan extensas masas de gente en un ambiente tan salvajemente deteriorado.»²⁶

La salida estaba en el creciente movimiento por el regionalismo. Con el final de la época de la colonización de la tierra en América, Mumford pensó que se veía un cambio en las actitudes respecto a la tierra, las actitudes parasitarias y depredadoras eran suplantadas por valores del emergente régimen biotécnico. En los países europeos, el movimiento regionalista había luchado contra una centralización excesiva, reclamando la cultura local, y el desarrollo de cooperativas. En los Estados Unidos, el movimiento de conservación, bajo el impulso romántico, ayudó a preservar grandes áreas silvestres; ahora, bajo una cubierta más científica, estaba promoviendo activamente la conservación de materias primas. Mientras, el movimiento de Ebenezer Howard, de ciudades-jardín, que impulsaba la creación de comunidades urbanas equilibradas en regiones equilibradas, crecía en influencia²⁷.

El marco analítico común de las dos grandes historias ecológicas de Mumford recuerda el esquema hegeliano: las etapas

²³ Ibid., capítulo V (cita de la p. 255).

²⁴ Ibid., pp. 429-31.

²⁵ LM, *The Culture of Cities*. New York, Harcourt, Brace and Co., 1938, cap. I (citas de las pp. 49, 51).

²⁶ Ibid., cap. III (citas de las pp. 162, 164, 191, 195).

²⁷ Ibid., especialmente capítulos V y VI.

eutécnica/paleotécnica/neotécnica son análogas al proceso dialéctico de tesis/anti-tesis/síntesis²⁸. Su marco filosófico puede haber sido heredado, pero su sofisticación ecológica es, en el momento y lugar, muy notable. Los principios organizativos de sus trabajos son de naturaleza verdaderamente ecológica: el uso de energía y materiales como índices de cambio técnico y ambiental; la configuración espacial de los flujos de recursos, en y entre regiones, característica de diferentes etapas; las formas de degradación ambiental y los movimientos de defensa ambiental típicos de cada época; y el papel de los valores morales para crear ya sea la «economía del dinero» de destrucción o la (futura) «economía de la vida» de renovación. Bajo todo esto, había un compromiso firme con la conservación del ambiente como una fuerza positiva, en contraste con el negativismo habitual del ambientalismo de entonces y de ahora. En un pasaje que parece contemporáneo, Mumford escribió en 1938 que:

al originarse en el espectáculo de los desechos y la profanación del ambiente, el movimiento conservacionista tendía a tener una influencia negativa: intentó preservar las áreas salvajes, reducir los residuos y prevenir el daño. El área actual de la planificación regional es más positiva: llevar la tierra globalmente al más alto estado de perfección y de uso apropiado —no sólo preservando lo virgen sino extendiendo los jardines, e introduciendo la deliberada cultura del paisaje en todas las partes del campo abierto—²⁹.

LA FILOSOFÍA AMBIENTAL DE MUMFORD

El optimismo de las historias ecológicas de las ciudades y de las tecnologías que

Mumford publicó en la década de 1930 sorprende a cualquiera que conozca solamente sus últimos escritos. Esperaba que el surgimiento de valores de la economía neotécnica humanizara y domesticara la máquina. Para el estado de la democracia, también, la tecnología neotécnica —en particular la hidroeléctrica— trabajaba en favor de la descentralización y la escala humana, en contraste directo con el gigantismo y la concentración de la época paleotécnica. Mumford incluso tenía algo positivo que decir sobre el automóvil. Aunque deploraba que usase gasolina, creía que su uso extensivo desplazaría al tren lo que significaba que los humanos no deberían concentrarse alrededor de las estaciones, las minas y los puertos³⁰.

La temprana filosofía ecológica de Mumford era, por tanto, profundamente historicista. Creía que las fuerzas de la historia se estaban moviendo en la dirección de un mejor medio ambiente, con una tecnología más benigna, y con un orden social más democrático. Mientras, su propia participación en el movimiento regionalista —probablemente la única vez en su larga carrera como intelectual público que participó en una acción colectiva— también favoreció un punto de vista optimista sobre el cambio social.

Todo esto encaja muy poco con la común reputación de Mumford, basada en sus últimos escritos, como un profeta del desastre. Al mirar su evolución, vemos que las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial alteraron fundamentalmente la fe de Mumford en la buena dirección del movimiento de la historia. El bombardeo masivo de ciudades alemanas, el lanzamiento de bombas atómicas en el Japón, y la paranoia de la Guerra Fría, afectaron profundamente a Mumford. La historia no podía introducir por sí sola la era neotécnica pues la tecnología, y los «caballeros» que con-

²⁸ Hegel es mencionado sólo una vez en *Technics and Civilization* y ninguna en *The Culture of Cities*. De todos modos, Mumford había leído atentamente a Karl Marx, y quizás sus etapas se acercan inconscientemente a la interpretación de Marx de la dialéctica hegeliana. La teoría de la historia de Marx está abierta tanto a una lectura evolucionista como cíclica: mien-

tras que los marxistas normalmente han preferido la primera, Mumford indudablemente debió estar más de acuerdo con la segunda.

²⁹ *The Culture of Cities*, op. cit., p. 331.

³⁰ LM, *Technics and Civilization*, op. cit., pp. 221-3, 247, 250, 267, etc.; «The Theory and Practice of Regionalism», op. cit., p. 19.

trolaban su desarrollo, se habían vuelto locos.

Este cambio en su punto de vista se refleja en el prefacio que Mumford escribió en 1973, para la reedición de un libro que fue publicado por primera vez treinta años antes. Defendió el apoyo del libro a la teoría de John-Stuart Mill del «estado estacionario», en oposición a la creencia victoriana en el progreso y la expansión de la civilización occidental moderna; es la continuación de la llamada en *Technics and Civilization* a un equilibrio dinámico entre las personas y la naturaleza, la industria y la agricultura. Pero, advierte significativamente, «el efecto principal de la transformación regresiva que ha ocurrido en el último cuarto de siglo (es decir, desde el final de la Segunda Guerra Mundial) ha sido el cambio de mis conclusiones del modo verbal indicativo al modo imperativo; no vamos a llegar simplemente a un equilibrio dinámico, sino que «debemos» hacerlo —si no queremos destruir el delicado equilibrio ecológico del que depende toda vida—»³¹.

En esta fase más sombría, los valores sociales y ambientales de Mumford permanecieron los mismos: sin embargo, fue considerablemente menos optimista respecto a su aceptación. En sus escritos podemos seguir viendo, aquí y allí, los elementos de una filosofía ecológica a la vez analítica y programática. Sin duda es difícil encontrar un resumen compacto de su visión en el periodo de posguerra; no hay ningún texto comparable a *Technics and Civilization* o a *The Culture of Cities*. Es más, su visión sobre ecología, cultura y política debe ser reconstruida a partir de sus diversos escritos, particularmente de sus ensayos y de sus artículos olvidados.

Veamos primero la reconsideración de Mumford de la tecnología moderna, empezando con su crítica de la energía atómica y culminando en los graves ataques contenidos en *The Pentagon of Power* (1970). Al abandonar la esperanza de que la moderna

tecnología se desarrollara en una dirección benigna, creía ahora que la ciencia y la tecnología modernas llevaban la marca del capitalismo: «el interés del capitalista por la cantidad, su creencia de que no había límites naturales para la adquisición» estaba ahora suplementada por la tecnología, «por la noción que la producción cuantitativa tampoco tiene límites naturales»³². Donde «la máquina precede a las personas», escribe en otro lugar, «y donde todas las actividades y valores que sostienen el espíritu humano están subordinadas a hacer dinero y a consumir en privado sólo los bienes que se pueden conseguir con dinero, incluso el ambiente físico tiende a hacerse degradado e ineficiente»³³. Mumford reservó sus más duras críticas a la tecnología de la energía atómica, que para él ejemplifica el desarrollo unilateral, contrario a la vida, de las técnicas modernas. Argumentó que esta tecnología debía ser sometida a un «estricto periodo de prueba», y rehusó aceptar las «explicaciones conciliadoras» de la Atomic Energy Commission, de que la contaminación era negligible y fácil de controlar. Eso no podía tranquilizar a nadie, pues la historia de la contaminación industrial mostraba que «nuestra miopía infantil excitada por la novedad, nuestro desprecio a la salud cuando se trata de ganancias, nuestra falta de respeto por la vida, continúan envenenando la atmósfera de cada área industrial, y convierten las corrientes y los ríos, así como el aire que respiramos, en inaptos para la vida orgánica»³⁴.

La fe de Mumford en la ciencia y la tecnología también fue modificada por su papel en la Segunda Guerra Mundial y la carrera armamentista que siguió a su conclusión. Fue un temprano y perceptivo crítico de la bomba atómica, y recomendó que América compartiera su conocimiento nuclear con la Unión Soviética más que embarcarse en una competición costosa y sin sentido. Tanto el desarrollo de la energía

³¹ LM, «Preface», *The Condition of Man*, 1944, reimpreso New York: Harcourt, Brace, Jovanovich, 1973, p. viii.

³² LM, «Technics and the Future of Western Civilization», en *In the Name of Sanity*, New York: Har-

court, Brace and Jovanovich, 1954, p. 47.

³³ «California and the Human Prospect», op. cit., p. 43.

³⁴ LM, «Prospect», en Thomas, ed., op. cit., pp. 1147-8.

atómica como el perfeccionamiento de las armas de destrucción de masas, argumentó, perjudican la democracia al fomentar los secretos por y dentro del Estado³⁵. Pero el complejo industrial-militar era por sí solo una parte de la negación de la democracia, ya que grandes áreas del gobierno central habían sido sustraídas a «todo control y supervisión popular, obrando en secreto, descaradamente reteniendo o adulterando la información necesaria para que la democracia juzge el trabajo de sus representantes»³⁶. Comparó desfavorablemente el presente estado de la democracia en América con el de hace un siglo, cuando había, de hecho, una gran difusión de la propiedad, riqueza y poder político. En su llamada a una renovación de la democracia, Mumford utilizó una teoría cíclica de las estructuras políticas curiosamente similar a su (modificada) teoría cíclica del desarrollo técnico: un pasado armonioso pero perdido, un presente abominable y un futuro que aún tenía que ser construido³⁷.

Es interesante destacar dos elementos de la visión democrática de Mumford. Primero, él señaló que los ciudadanos debían tener control sobre los programas públicos que afectaban vitalmente sus vidas. Para Mumford, entre las revolucionarias contribuciones de Patrick Geddes a la planificación —que lo distinguían del administrador, burócrata u hombre de negocios arquetípicos— estaba sobre todo su «deseo de dejar una parte esencial del proceso a aquellos que están más íntimamente conectados a él —los que lo van a utilizar, los consumidores o los ciudadanos—»³⁸. Mumford también heredó el respeto de Geddes por el conocimiento popular (o pre-moderno). En los primeros días de la más salvaje guerra en la historia humana, esperaba un tiempo en que «las culturas más

primitivas desde el punto de vista mecánico... influirán y civilizarán a sus conquistadores europeos; les devolverán parte del profundo sentido orgánico de unidad con el ambiente, parte de esa riqueza sensual y alegría de vivir que los occidentales han perdido a menudo en su conquista agresiva del ambiente...»³⁹.

Estos sentimientos eran perfectamente coherentes con la petición amplísima de Mumford en favor de lo que ahora llamamos «diversidad cultural y biológica». El mundo de la máquina, se quejaba, «ha aislado a sus habitantes de toda forma de realidad a excepción del mismo proceso mecánico: el frío y el calor, el día y la noche, la tierra y las estrellas, los bosques, las tierras de cultivo y de viña, los jardines — todas las formas de cooperación orgánica entre los millones de especies que componen la vitalidad y salud de la tierra— han sido suprimidas por completo de la mente o han sido homogeneizadas en una mezcla uniforme que puede introducirse en la máquina». Contra esta uniformidad mortal, Mumford nos invitaba a apreciar nuestra propia historia, «promoviendo el carácter, la variedad y la belleza donde quiera que los encontremos, ya sea en los paisajes o en las personas»⁴⁰.

He argumentado en otro lugar que las tres filosofías ambientales genéricas son la Naturaleza Silvestre (o Primitivismo), el Agrarismo y el Industrialismo Científico. Mumford es raro (posiblemente único) entre los filósofos ambientales en su capacidad de sintetizar y trascender posiciones partidistas a favor de la naturaleza salvaje, el campo cultivado o la ciudad⁴¹. Como señaló su cercano colaborador Benton Mckaye, la naturaleza virgen, lo rural y lo urbano son todos ambientes necesarios para el desarrollo completo de la persona hu-

³⁵ Ver por ejemplo sus ensayos «Gentlemen! You are Mad!» *Saturday Review of Literature*, Marzo 2, 1946; «The Morals of Extermination», *Atlantic Monthly*, Octubre, 1959; y la colección *In the Name of Sanity*. También Paul Boyer, *By the Bomb's Early Light: American Thought and Culture at the Dawn of the Atomic Age*, New York, Pantheon, 1985, esp. pp. 284-7.

³⁶ LM, «The Moral Challenge to Democracy», *Vir-*

ginia Quarterly Review, 35, 4, 1959, p. 565.

³⁷ *Ibid.*, esp. pp. 562-7.

³⁸ *My Works and Days*, op.cit., pp. 115-6.

³⁹ LM, «Looking Forward», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 83, 4, 1940, p.541.

⁴⁰ «California and the Human Prospect», op.cit., pp. 45-7.

⁴¹ Ramachandra Guha, «Toward a Cross Cultural Environmental Ethic», *Alternatives*, 16, 3, 1990.

mana. Consecuentemente, un programa regionalista tiene que incorporar los tres elementos: la preservación de la naturaleza intocada, la restauración de un paisaje rural estable, y la salvación de la verdadera ciudad⁴².

La humanización de la tecnología y la protección de la diversidad dependían ambos de un cambio fundamental en los valores. Como ha indicado agudamente un biógrafo de Mumford, mientras otros radicales «esperaban que los cambios de valores ocurrieran después de la revolución, para Mumford el cambio de valores era la revolución»⁴³. En la edad de la máquina, la desintegración de la personalidad humana está en un estado avanzado, como las patologías del mundo civilizado mostraban. Por eso, como dijo Mumford en un encuentro internacional de científicos en 1955, «si hemos de conseguir cierto grado de balance ecológico... debemos conseguir también un balance humano»⁴⁴. En una conferencia pronunciada en el encuentro del centenario de la American Association for the Advancement of Science, y publicada (aunque no a propósito) en el aniversario de Mahatma Gandhi, pidió una mayor intervención humana en la técnica, para que la técnica tuviera en cuenta la personalidad humana. Pero en un nivel más profundo, él pedía que la técnica perdiera su trono en la sociedad moderna. En esta gran tarea de renovación cultural,

El actor central en el nuevo drama de la civilización no debe ser la Persona Poder, ni la Persona Ganancia, ni la Persona Mecánica, sino la Persona Total. Esto significa que debemos invertir el orden del desarrollo que produjo, lo primero, la máquina; ahora debemos explorar el mundo de la historia, de la cultura, de la vida orgánica, del desarrollo humano, igual que una vez explora-

mos el mundo sin vida de la naturaleza. Debemos entender la orgánica de la personalidad, como antes entendimos la estática y la mecánica del proceso físico; debemos centrar nuestra atención en la cualidad, el valor, el ejemplo y el propósito como antes la centramos en la cantidad, en las relaciones físicas, en la masa y en el movimiento⁴⁵.

Incluso más que los valores, los individuos y las sociedades necesitan mitos viables. Aquí, Mumford confía en la caída del mito de la máquina, que, durante un largo periodo, ha fascinado a los occidentales. El mito de la máquina debe ser reemplazado, para que haya cordura, estabilidad y supervivencia, por «un nuevo mito de la vida, basado en un rico entendimiento de todos los procesos orgánicos, una profunda visión del rol positivo de las personas para cambiar la faz de la tierra... y sobre todo una profunda fe religiosa en la capacidad humana para transformar y perfeccionarse a sí misma y a sus instituciones en una relación cooperativa con todas las fuerzas de la naturaleza, y sobre todo con las otras personas»⁴⁶.

Con esta última cita, es fácil argumentar que lo que caracteriza a la filosofía de Mumford, en términos contemporáneos, es un «socialismo ecológico». Pero a diferencia de los socialistas radicales, y de los ecologistas radicales, Mumford no puso su fe en un agente escogido por la historia (por ejemplo, el Proletariado o los Ecologistas Profundos). En un sentido, rehusar proyectar las propias aspiraciones en un agente es totalmente loable⁴⁷. Pero, desde otro punto de vista, esto ejemplifica un curioso silencio en el trabajo de Mumford —frecuentemente invoca individuos, valores y estilos de vida paradigmáticos, pero nunca movimientos sociales—.

⁴² Benton Mckaye a Lewis Mumford, 3 de diciembre de 1926, citada en John L. Thomas, «Lewis Mumford, Benton Mckaye and the Regional Vision», en Thomas P. Hughes y Agatha C. Hughes eds., *Lewis Mumford: Public Intellectual*, New York, Oxford University Press, 1990.

⁴³ Donald L. Miller, *Lewis Mumford: A Life*, New York, Weidenfeld and Nicholson, 1989, p. 166.

⁴⁴ «Prospect», op.cit., p. 1146.

⁴⁵ LM, «Let Man Take Command», *The Saturday Review of Literature*, Octubre, 1948, p. 35.

⁴⁶ «California and the Human Prospect», op.cit., pp. 58-9.

⁴⁷ Alvin Gouldner, *Against Fragmentation: The Origins of Marxism and the Sociology of Intellectuals*, New York, Oxford University Press, 1985.

RECORDANDO A LEWIS MUMFORD

Si la sección segunda de este ensayo seguía de cerca las historias ecológicas de Mumford, la sección anterior reconstruyó su filosofía ambiental a partir de los comentarios sociales que publicó en revistas norteamericanas. En esta sección intentaré explorar cómo Mumford podría haber querido ser recordado en cuanto pensador social y ecológico. Aquí, uso tres elogios que Mumford escribió sobre otras personas — su hijo, un pionero ecológico, y un genio del siglo XIX que él apreció mucho—. Ninguno de estos trabajos son bien conocidos, sin embargo es en ellos, aparentemente efímeros, donde podemos vislumbrar algo de la imagen que Mumford tenía de sí mismo, y sus dudas respecto a su propio lugar en la historia⁴⁸.

El hijo único de Mumford, llamado Geddes Mumford en honor de Patrick Geddes, murió en combate en la Segunda Guerra Mundial a los diecinueve años. La pérdida de su hijo marcó profundamente al escritor y contribuyó significativamente a su profundo pesimismo respecto a la civilización occidental. Sin embargo, en la valiente memoria que escribió después de la muerte de Geddes Mumford, el padre celebraba en el hijo las actitudes hacia la tierra y hacia la gente que el mismo Mumford había apreciado durante mucho tiempo.

En un capítulo muy pastoril, «La tierra y las estaciones», Mumford calificó a su hijo de «verdadero hombre del campo». A través de sus profundos sentimientos por el campo, Geddes Mumford «estaba renovando el espíritu que Thoreau había llevado al campo americano...Geddes respondía en todas sus fibras a las preguntas de Thoreau: «¿quién no querría estar a la altura de las expectativas de la tierra?»». En el otro capítulo, «Caminos del campo y vecinos del campo», también escrito en un tono pastoril, Mumford recuerda como a su hijo le gustaba trabajar con las manos y como sen-

tía un intenso desagrado por las máquinas. Una ilustración de su «antipatía hacia la máquina», expresada a su madre cuando era un niño, era la preferencia de Geddes por un caballo para labrar los campos. Cuando su madre le sugirió que un tractor podría hacer el trabajo mejor, Geddes replicó asombrado: «Pero mamá, tu nunca has utilizado un tractor en la tierra, ¿verdad? ¿Has visto alguna vez los campos después de que el tractor haya pasado por encima? Un tractor no tiene cuidado con lo que hace: cava en la tierra y la levanta brutalmente. Un caballo pasa gentilmente. Nunca usaré un tractor».

Además, «los sentimientos de Geddes por el campo incluían a sus gentes». Aquí Mumford escribió evocando a un granjero vecino suyo, Sam Honour, de origen inglés, «lleno de amor hacia el campo...y más cerca de ser un campesino que cualquier otro americano que conozca». En su persona, Sam era «un espécimen viviente de una América más vieja y más doméstica, que estaba más cerca del ideal de Geddes que la actual»⁴⁹.

El amor de Mumford por la tierra, como el de su hijo, nació de su contacto juvenil con el campo. Su conciencia ecológica madura le vino del trabajo de Patrick Geddes y del gran geógrafo americano que Patrick Geddes le había hecho conocer, George Perkins Marsh. En *The Brown Decades* (1931), Mumford alertó al público americano acerca del significado de este escritor olvidado, de manera que cuando una gran biografía apareció un cuarto de siglo después, Mumford estaba muy bien situado para escribir una apreciación de Marsh. La obra *Man and Nature* de Marsh era incuestionablemente un «estudio ecológico comprensivo antes de que se inventara la palabra ecología». Mumford también tenía razón al decir que Marsh se hubiera opuesto, en general, «al amplio programa de contaminación y exterminación que había sido introducido en nuestro país en nombre

⁴⁸ Por supuesto, otros escritores han proyectado sus esperanzas, prejuicios y aspiraciones en sus tributos a otras personas. Así, para la identificación de Orwell con Dickens, ver el sugestivo estudio de John Rodden, *The Politics of Literary Reputation: The Ma-*

king and Claiming of 'St. George' Orwell, New York, Oxford University Press, 1989, esp. pp. 181-2, 238-9.

⁴⁹ LM, *Green Memories: The Story of Geddes Mumford*, New York, Harcourt, Brace and Co., 1947, pp. 114-5, 126-8, etc.

del progreso científico», y en particular, hubiera hablado, de estar vivo, contra la producción de energía nuclear con su potencial para «mutilar permanentemente» la raza humana y hacer el planeta inhabitable.

Al poner en perspectiva el pensamiento de Marsh, verdaderamente Mumford revela el suyo propio: «Marsh no Infravaloró la ciencia o la producción científica sino que valoró más la integridad de la vida...». La contribución mayor de ese hijo de Vermont fue «su combinación del enfoque del naturalista, del moralista y del humanista; proporcionó tanto las herramientas intelectuales como la dirección moral necesaria». Por tanto, «su tipo de mente era exactamente la contraria a los especialistas formados en Alemania que empezaron a dominar América en la década de 1880, cuando Marsh murió; éstos estrechaban su experiencia vital y separaban sus intereses especializados». Pero, irónicamente, fue la habilidad de Marsh para trascender las estrechas esferas de pensamiento la que «hizo su trabajo sospechoso para la siguiente generación, que se evitó el trabajo de evaluar su genio, ignorándolo»⁵⁰.

Este tono defensivo, poco frecuente en Mumford, también lo encontramos en su apreciación de William Morris, un genio del siglo XIX cuyos logros fueron incluso más amplios que los del versátil Marsh. Según Mumford, Morris no era meramente un «constructor de sueños», sino también un «realista resuelto, que rehusaba tomar los sórdidos triunfos victorianos del progreso mecánico como los éxitos finales del espíritu humano». No era, como se supone comúnmente, un revivalista, sino lo que Henry Russel Hitchcock había llamado un «neo-tradicionalista, puesto que no revive el pasado, sino que desarrolla lo que todavía permanece vivo en él». Morris indudablemente dedicó mucho tiempo y energía a recuperar las técnicas tradicionales que se estaban considerando superfluas en la era de la máquina. De hecho, Morris, «toda una generación antes de que los antropólogos empezasen su trabajo de salvación con

grupos de la edad de piedra y comunidades tribales, hizo un trabajo similar en las artes y oficios del pasado del Viejo Mundo». Pero, «si hubiera tenido más simpatía por los éxitos peculiares de su propio tiempo, tal vez no hubiera tenido las energías concentradas y abundantes para su tarea de salvación».

Morris no quería abolir todas las máquinas: pensaba que podían hacer el trabajo necesario y dejar el otro, más agradable, para que lo hicieran las personas. Morris era, en efecto, un temprano defensor de las tecnologías apropiadas que, en vez de aceptar cualquier megatécnica o monotécnica como inevitable... quería mantener vivo o si era necesario restaurar aquellas formas de arte u oficio cuya continua existencia enriquecería la vida humana e incluso mantendría el camino abierto para nuevos logros técnicos».

Al cambiar el estereotipo de Morris como un iluso soñador, Mumford también reconocía su relación con el socialismo. A pesar de que llegó bastante tarde al socialismo, el trabajo vital de Morris fue reforzado inmensurablemente por la visión socialista, que «dio un mayor contenido social y un gran propósito humano en todos sus logros privados como artista, y le dio la confianza de trabajar por un futuro en el que todas las personas pudiesen conocer la alegría del trabajo creativo que él había conocido»⁵¹.

Escribiendo con casi diez años de diferencia, sobre dos gigantes muy diferentes del siglo XIX, hay similitudes en los tributos de Mumford a George Perkins Marsh y a William Morris. En ambos casos, parece que se ha proyectado a sí mismo, y más notablemente, *la evaluación social que prefería*, en una clase de persona con ideas y acción parecidas, aunque de una generación anterior. Anticipa y contesta la crítica que Marsh estaba contra la ciencia, y atribuye su desinterés por la ciencia a su temor a ser atrapado por el especialismo. Mumford mismo se había enfrentado a esta crítica, en los foros intelectuales y políticos donde tenía audiencia. También su defensa

⁵⁰ LM, «Marsh's Naturalist-Moralist-Humanist Approach» (crítica de David Lowenthal *George Perkins Marsh: Versatile Vermonter*), *Living Wilderness*,

71, Winter 1959-60, pp. 11-13.

⁵¹ LM, «A Universal Man», *New York Review of Books*, 23 mayo 1968, pp. 8, 10, 12, 15.

Rudolf Bahro (ex-Verde alemán) accedió tarde al pensamiento de Mumford, pero inmediatamente reconoció que su trabajo «tiene el mismo significado para el movimiento ecológico que el de Marx para el movimiento obrero»⁶⁰. Lo que el visionario Bahro supo intuitivamente, he tratado de demostrarlo yo mismo cuidadosamente en este ensayo, con el acostumbrado apar-

to académico. Pero yo podría haber estado preparado para el fenómeno de un profeta poco reconocido en su propia cultura, aunque profundamente respetado fuera. ¿Cuál ha sido el destino del mayor ciudadano de la India de este siglo, Mahatma Gandhi, y del mayor que nunca ha vivido, Gautama Buddha?

⁶⁰ Citado en Kirpatrick Sale, «Lewis Mumford», *The Nation*, 19 Febrero 1990 (nota necrológica). A pesar de que Sale no ha escrito abundantemente sobre Mumford, es uno de los pocos ambientalistas nortea-

mericanos que frecuentemente expresa admiración por él. Cf. su *Dwellers in the Land: The Bioregional Vision*, San Francisco: Sierra Club Books, 1985.

SCIENCES • CULTURE
SOCIÉTÉ

ÉCOLOGIE POLITIQUE

JEAN-PAUL DELÉAGE
Écologie : les nouvelles exigences théoriques

BARRY COMMONER Directeur : Jean-Paul Deléage
Faire la paix avec la planète

ANTOINE BONDUËLE
Hindouisme : les terres de la biosphère

JUAN MARTÍNEZ-ALIER
Valeurs écologiques et valeurs économiques

MARCELLO CINI
Métallurgie et révolutions technologiques

JAMES O'CONNOR
Un capitalisme soutenable (et si possible) ?

MARC SAINT-UPÉRY
Écologie et atomisme : le paradigme renouvelé

NUMERO 1
HIVER 1991/92

Gestion et diffusion : ECOPRESSE
62 BVD de Sébastopol, 75003 PARIS
Tél : 1.44.598900 Fax : 1.44.598901

Capitalismo
Natura
Socialismo

rivista di ecologia socialista

LA FUNZIONE DI PRODUZIONE • IL SOGNO • LA FILOSOFIA DELLA TECNOLOGIA • ANDRÉ FRENBERG • IL FONDAMENTALISMO NELLA INGEGNERIA GENTILE • FOLKER UELAND • I DIRITTI DELL'AMBIENTE AMBIENTALE • MICHAEL GOLDMAN • JAMES O'CONNOR • IMMIGRAZIONE E NATURA • ENRICO PUGLIESE • LA SCIENZA SOCIALISTA • GORGONIERRE • LE SECONDE CONTRADICTIONS DEL CAPITALISMO • JOHN ELI • L'INSEGNAMENTO DI CURNOBY • ULRICO BEFFERT

manifesturiviste

n. 3 novembre 1991
L. 15.000

DIREZIONE DELL'EDIZIONE ITALIANA
Valentino Parlato, Giovanna Ricoveri, Pierluigi Sullo
Redazione e Amministrazione: presso SET s.r.l.
Via del Leoncino, 36 - 00186 Roma - Tel. 06/686 70 29